



# CORREO DE MURCIA

del Sábado 20 de Septiembre de 1794.

*Concluye el Ensayo sobre el Hombre, Canto segundo.*

¿A qué, pues, tu poder se ha reducido?  
 ¿Cuál es la utilidad? ¿Qué fruto sacas  
 De tus duras lecciones? Tu designio  
 Es hacernos huir de los placeres;  
 Pero para triunfar de su atractivo  
 ¿Nos das algunas armas? Tal vez sueles  
 Forzarnos á mirar nuestros descuidos;  
 ¿Pero de qué nos sirve tu socorro  
 Para dexarnos de ellos redimidos?  
 Con amargos baldotes nos fatigas,  
 Y solo logran tus tenaces gritos  
 Hacernos infelices, no mejores.  
 La luz que á nuestros ojos de continuo  
 Manifestanda estás, no nos socorre,  
 Y solamente sirve de afligirnos.  
 Tú justificas con falaz astucia  
 Nuestros bárbaros gustos, y caprichos,  
 Y con el nombre excelso de virtudes,  
 Haces que se decoren nuestros vicios.  
 En nuestro corazón por tus afanes,  
 Consigues que á un común breve delirio  
 Se siga otro mayor, como mudando  
 A los humores el interno giro  
 Un arte engañador, á mal ligero

Ha-

Hace que le suceda un tabardillo;  
 Y el Médico aplaudiendo esta mudanza,  
 Aumenta nuestro mal por darle alivio.  
 Cedamos, pues, á las augustas leyes  
 De Dios Omnipotente, que el camino,  
 Que nos indica es siempre el mas seguro:  
 De la razon el principal oficio  
 Es solo dirigirnos, conservarnos:  
 Es un maestro encargado de instruirnos,  
 Que debe moderar nuestros deseos,  
 Y si conviene, acaso destruirlos;  
 Porque de la pasion que nos domina:  
 Es el regulador, y el enemigo:  
 Y por esta razon el alto Cielo  
 Justo nos encamina á los designios  
 De su ciencia infinita, la que quiere  
 Que cada hombre complete sus destinos.  
 La pasion dominante vence siempre  
 Todos los otros gustos, y caprichos,  
 Sigue á su objeto, y más le precipita  
 Quien detenerla quiere en su camino.  
 Si la ardiente ambicion de gloria, y mando,  
 Si la insaciable sed de hacerse rico,  
 Si el amor de la ciencia, ó el reposo,  
 Que alguna vez suele ser mas vivo,  
 En un alma se anidan, al instante  
 Todos siguen su plácido atractivo,  
 Y le hacen de su honor, y su fortuna,  
 Y tal vez de su vida sacrificio.  
 Que en el retiro de su claustro un Frayle  
 Pase sus dias con honesto olvido:  
 Que un heroe enamorado de la gloria  
 Solo la halle en combates, y peligros:  
 Que el sabio sea feliz en su reposo,  
 Y el Mercader ansioso en ser activo,  
 Todos presto verán que á cada uno  
 La razon lisongea en su delirio.  
 El Artífice Eterno, y Soberano,

Que

Que á quanto existe de la nada hizo,  
 Y del seno del mal el bien produce,  
 Empleando de esta fuerza el poderío,  
 Determina á nuestra alma, y sabia ofrece  
 Del la humana inconstancia un punto fijo.  
 ¿ Quántas virtudes altas, y excelentes  
 De las mismas pasiones han salido?  
 Como de arbol salvage, á quien fecunda  
 Un ingerto feliz, salir se ha visto  
 Arbol fertil en frutos deliciosos,  
 Asi del odio, y del orgullo mismo  
 Se ven salir acciones las mas nobles.  
 La cólera, aunque errada, en sus principios  
 Suple por el valor, y por el zelo.  
 La avaricia mil veces ha servido  
 De madre á la prudencia. La pereza  
 Sujetando el ardor de nuestro brio,  
 Cria, y fomenta las costumbres dulces.  
 La envida, abandonando el ronco silvo  
 De su impotente rabia, adquirir suele  
 De noble emulacion el nombre digno;  
 ¿ Y qué acto generoso ser no puede  
 De la vergüenza, ó del orgullo hijo?  
 Del vicio á la virtud hay corto espacio:  
 Entre los dos el hombre de continuo  
 Vacila, y titubea: solo el peso  
 De la razon sirviéndole de arrimo  
 Convierte el mal en bien: si la escuchára,  
 Tan virtuoso Neron como fue Tito,  
 Del mando hubiera sido las delicias.  
 Este ardor, este orgullo, y fanatismo,  
 Que veo con horror en Catilina,  
 En Decio me parece un valor digno;  
 Y me inflama, y asombra, quando Curcio  
 Se abandona por él á los peligros.  
 De la misma ambicion el fuego ardiente  
 Salva, y pierde un Estado al tiempo mismo.  
 A los buenos, y malos les inspira.

De la muerte el desprecio : su incentivo  
 Hace á un debil soldado valeroso,  
 Y á un heroe grande Ciudadano impio.  
 ¿Quién podia, pues, sino el Autor inmenso  
 Que nos conduce, que con solo un grito  
 Separó las tinieblas de las luces,  
 Penetrar este obscuro laberinto  
 De delirio, y razon, este gran caos  
 Que á la virtud confunde con el vicio?  
 Como en los quadros de un pintor famoso  
 La consonancia de su colorido,  
 De sus sombras, y tibios reuniendo  
 La tinta imperceptible de sus vivos,  
 Y variados colores, va mostrando  
 De los claros, y obscuros aquel fino,  
 Aquella graduacion casi insensible,  
 Asi se acercan la virtud, y el vicio;  
 De modo que escondiendo su distancia  
 No se sabe su fin, ni su principio:  
 Pero porque sus rasgos se confundan,  
 ¿Osareis pretender que nunca ha habido  
 Ni vicio, ni virtud? Porque se mezclan  
 El blanco con el negro tan unidos  
 Que á la vista mas lince engañar deban  
 ¿Direis que blanco, y negro nunca ha habido?  
 El espíritu quiere presuntuoso  
 Persuadir este bárbaro delirio,  
 Mas nuestro corazon lo contradice,  
 Y lo dexa al silencio reducido.  
 En el primer instante monstruo odioso  
 Parece á nuestros ojos todo vicio;  
 Pero este horror por grados disminuye,  
 Y presto se acostumbran los sentidos.  
 Despues el corazon por él se inflama,  
 Y al fin llega á abrazarse el desvarío.  
 El hombre presuntuoso fixar quiere  
 Los extremos del vicio por su arbitrio,  
 Censura por pasion, y solo aprueba

Lo que gusta á su bárbaro capricho:  
 Ciego sobre sí propio en sí no advierte  
 Los excesos que en otros le han herido,  
 Como en la helada zona, adonde el fiero  
 Boreas devorador dexa á los frios  
 Fogosos Aquilones libre paso,  
 El Lapon se mantiene endurecido,  
 Y no se cree infeliz, porque imagina  
 En otras partes climas mas impios:  
 Se ven pocas virtudes eminentes:  
 Tambien son pocos los enormes vicios;  
 Mas nuestro corazon de ambos compuesto,  
 De vicios, y virtudes es un mixto.  
 A los locos, y malos aun en medio  
 De yacer en tinieblas sumergidos,  
 No les brilla tal vez una vislumbre  
 De cordura, y honor. El sabio mismo  
 A cuyo corazon amor sorprende,  
 ¿no es á sus ojos un objeto indigno?  
 Los hombres no son buenos, no son malos  
 Sino á medias: sujeto el alvedrío  
 De las pasiones á las duras leyes,  
 A cada instante muda, y de continuo  
 Del vicio á la virtud está pasando  
 Con incesante, y alternado giro.  
 El cuerdo, el loco, finalmente todos,  
 No tienen mas objeto en sus designios  
 Que su propia ventaja: todos buscan  
 Al bien que les presentan sus sentidos;  
 Mas todos sin pensar marchan iguales  
 Acia el bien general como impelidos.  
 Para este grande fin el Ente sumo  
 Hace que todo sirva hasta el maligno  
 Esfuerzo del iniquo, las traiciones,  
 El error, la malicia, los caprichos,  
 La corrupcion de los humanos pechos,  
 Y el viciado defecto de su juicio.  
 Para guardar sus bienes, y su vida,

Los hombres deben darse mutuo auxilio;  
 Para unirse entre sí , para ayudarse  
 Los ha criado el Cielo. El padre , el hijo,  
 El esclavo , y señor si se separan,  
 Debiles son ; pero si están unidos,  
 Mas dichosos se miran , y mas fuertes:  
 Asi sea pasion , ó sea instinto,  
 Sea necesidad , ó bien flaqueza,  
 No hay hombre que no tome interes vivo  
 Por esta sociedad , y cada uno  
 Quando su propio bien procura activo,  
 Va siempre coadyuvando , sin saberlo,  
 Al interes comun : de esto ha nacido  
 El amor tierno , la amistad sincera,  
 Y aquel secreto , y natural hechizo  
 Que hace la vida amable : tambien nace  
 Que quando un hombre mira ya vecino  
 El fin de su carrera , facilmente  
 Renuncia los placeres del sentido,  
 Que no hallándolos ya tan alhagüeños,  
 Se somete conforme á un mal preciso;  
 Y espera resignado la cruel muerte,  
 Que la vé como un puerto apetecido,  
 Despues de tempestad larga y violenta;  
 Y que en fin por vejez , ó raciocinio  
 Halla á la vida menos deliciosa,  
 Y al sepulcro lo mira como asilo.  
 Pero hasta este momento de verdades  
 El error que circunda todo el giro  
 De nuestros dias , siempre nos contenta  
 Con bienes lisongeros , y fingidos.  
 Nuestra imaginacion siempre ingeniosa  
 En divertirle al alma su fastidio  
 Con sus dorados rayos , le derrama  
 Engañosos , y placidos delirios:  
 Satisfechos los hombres de sus gustos,  
 Y su ciencia se miran complacidos.  
 Cree el sabio que es feliz en su miseria,

Porque pasa su vida hojeando libros:  
 El ignorante libre de esta pena.  
 Está en un vil reposo divertido:  
 El rico hace su dicha de sus bienes,  
 Porque el tiempo futuro ve tranquilo:  
 El pobre está contento, porque fia  
 En la alta Providencia sus auxilios.  
 Mira danzar al ciego: ¿por ventura  
 Se queja de no ver del Cielo el brillo?  
 Mira al cojo cantar: porque no tienen  
 Agilidad sus pies, ¿dá algún gemido?  
 Si del vino le ofuscan los vapores,  
 Rey se figura ser un vil mendigo,  
 Y el necio en toda edad, en todo tiempo  
 De sí vive contento, y complacido:  
 El Químico soñando con el oro,  
 Cree caudal verdadero aquel mentido;  
 Y el Poeta se tiene por dichoso  
 Quando en versos deplora su destino.  
 ¿De dónde se ausentó la fugaz dicha,  
 Que con rapido ardor, y pronto giro  
 No bolase la facil esperanza?  
 ¿Quién de razon se encuentra destituido,  
 Que no le llene el consonante orgullo,  
 Y con mucha ventaja aquel vacio?  
 Si acaso del austero desengaño  
 Una breve vislumbre, algún resquicio  
 Nos disipa quimera tan amable,  
 Quitándonos placer tan exquisito,  
 En el mismo momento otra quimera  
 Nos renace en el alma, y nos dá alivio.  
 ¿Dónde está aquel estado tan horrible,  
 Qual es aquel otro misero destino,  
 A quien por fin no le haga soportable  
 Del tiempo el lento mas seguro auxilio?  
 Este consolador de los humanos,  
 Es en los males dulce lenitivo:  
 El orgullo nos presta su socorro:

La esperanza con pasos siempre fixos,  
 Firme nos acompaña, sin dexarnos,  
 Ni aun en la hora del último suspiro:  
 Ella ofrece constante á nuestros ojos  
 Una imagen confusa de los vivos  
 Placeres con que el Cielo nos aguarda;  
 Y este objeto agradable de continuo  
 Llena nuestras ideas, derramando  
 Sobre nuestros disgustos mil alivios.  
 El alma en sus deseos siempre inquieta,  
 Errante, y mal segura en el recinto  
 Del Cuerpo aprisionada, se dilata,  
 Y se esparce con plácido deliquio  
 De un dulce por venir en las delicias,  
 Siendo del bien que espera ya principio.  
 La bondad, pues, del Cielo reconoce,  
 Y de su Providencia lo infinito  
 En los bienes, y males que dispensa.  
 Nuestros propios defectos, nuestros vicios,  
 La vanidad, y orgullo son mil veces  
 Para la sociedad un beneficio.  
 El propio amor, presente es que á los hombres  
 La suprema bondad liberal hizo;  
 Pues por sus mismas penas, y trabajos,  
 Por sus necesidades, y conflictos,  
 Miden, conocen lo que sufren otros,  
 Y á ayudarlos se excitan compasivos.  
 Adora de Dios, pues, la Providencia,  
 Tu pequeñez soporta sometido,  
 Y humillado á sus ordenes supremas,  
 Admira su saber en tu error mismo.

*Por el Traductor D. B. L.*

**Imprimase, Cava.**